

PRINT

LA CIUDAD: UN CONTINENTE SIN CONTENIDO

Belkis Cartay Angulo
Profesora de la Universidad de Mérida
Candidata a doctorado por la Universidad de Salamanca

PALABRAS CLAVE:

Ambiente, ciudad.

"Cuanto más local es una cosa más universal resulta".
Joan Miró.

La ciudad contemporánea se ha convertido en una especie de foco desestabilizador, tanto en el plano social como en el plano ambiental, a causa de unos patrones de vida y de comportamiento, de un modelo urbano muy duro -la ciudad global- y de un largo inventario terciario, basado en la demanda de grandes cantidades de recursos y energías y en la generación de grandes cantidades de desechos y emisiones que atentan contra su propia existencia. Así mismo, se ha convertido en un lugar de desencuentros y de símbolo del desprecio a las tradiciones culturales y en la destrucción, sino de una identidad propia, si de su personalidad e identificación. Así, por ejemplo, en la mayoría de los países, la práctica urbanística y planificadora ignora los elementos más significativos del comportamiento humano y la percepción que los ciudadanos tienen de su propia ciudad.

Si bien es cierto que las llamadas ciudades globales -espacios transnacionales de actividad económica- constituyen espacios adecuados, una especie de 'hábitat natural' para reunir los denominados servicios avanzados y las telecomunicaciones, indispensables en el desarrollo y control de las operaciones económicas globales, como bien lo señala Fernando Díaz Orueta, de la Universidad de Alicante (España), no es menos cierto que constituyen el paso obligado a una terciarización aún mayor de la economía y a un incremento en el crecimiento de las desigualdades sociales y espaciales, afectándolas no sólo a nivel de su articulación y organización espacial de la producción y el mercado sino también en la transformación y generación de nuevos valores dominantes (formas de ocio, diversos tipos de información, necesidad de ciertos bienes, recursos humanos muy especializados, grandes complejos, nuevos tipos y formas constructivas y/o edificatorias, etc.).

Enormes esfuerzos, numerosas inversiones, nuevas declaraciones urbanas, son necesarias para inventar a una determinada ciudad en un lugar dentro del sistema de ciudades. Éste se mueve, se inclina o modula según su articulación a escala mundial, nacional o regional. En principio, fueron las grandes metrópolis; pero, ahora, indistintamente de su rol, tamaño y jerarquía, las ciudades en general se enfrentan a su propio agotamiento, ignorando los elementos más significativos, tropezando con sus límites físicos, políticos, psicológicos y ecológicos, perdiendo sus formas, su sentido y su significado, convirtiéndose en un continente sin contenido.

Hoy, la ciudad no es un tejido urbano continuo sino un inmenso territorio como resultado de una extensa red de centros pequeños o menores, una gran urbe comunicada con los grandes centros del mundo pero incomunicada hacia adentro, hacia su interior; "...una larga carretera-ciudad...", como acertadamente Umberto Eco define al prototipo de ciudad americana. La ciudad está aprisionada en sí misma, es prisionera de los problemas que ella misma genera. Es un grande espacio fragmentado que ha perdido su centro, su espíritu, donde "...ningún hombre conoce al otro, cada uno está solo", como dice el poema de Hesse; un lugar hecho para andar de paso, para no detenerse, para andar de prisa, un lugar donde no hay sentido de goce. Las ciudades, son hoy, un mundo alucinado sólo por lo utilitario, un mundo -como dijo alguna vez Rafael Cadenas- en el que ocurre desde hace años un "eclipse del alma". Un mundo donde sus hombres, su gente, pareciera que carecen de mundo, que hace tiempo rompieron consigo mismos, que rompieron el vínculo con la naturaleza y con la historia, que carecen de raíces o que sencillamente ignoran que las tienen, que carecen de hondura, que no tienen misterio, que no tienen tiempo, ni lengua ni asuntos ni sueños.

La ciudad actual está perdiendo su contenido y su significación profunda de la vida, su sentido, su encanto.

Uno llega a familiarizarse más con los sonidos, olores, sudores y atajos de la ciudad que con sus propias edificaciones. En muchos espacios, desolados o concebidos para vivir de paso, recovecos de dentro, el inmigrante propio o extraño, el indigente, el vendedor ambulante, el pasajero presuroso, el habitante cotidiano, esos locos bajitos y grandes que recorren sus calles, dan muchas veces permanencia a lo efímero, habitan lo inhabitable, inventan lugares de encuentros y desencuentros, dan sentido a lo que generalmente ignoramos. Pero, no debemos hacerlo. A partir de ellos hay algo, por debajo y por encima del suelo, a todo lo largo... no podemos seguir como si no lo supiéramos. No podemos seguir

inventando ...nimiedades, llenando vacíos con falsedades. Hay unos ojos propios con los que ver la vida. Están allí, en ese lugar-centro, en esos espacios y rostros cotidianos, como símbolos de una imagen, de una razón de ser, que muchas veces negamos o inventamos.

La ciudad es un organismo vivo. Es algo más que una estructura de piedras y edificaciones. Es un inmenso procesador de alimentos, combustibles y materias primas. Es un enorme organismo de metabolismo complejo, cuyas conexiones se extienden -como una gran jungla- amenazando al planeta. Las ciudades consumen los recursos naturales y desechos. Buena parte de ellas sucumben ante la falta de suministros, energía y bienes.

Los límites del crecimiento urbano tienen que ser de tipo ambiental: ya es hora de analizar la relación -actualmente parasitaria- entre las ciudades y el ambiente. Mezclamos materias venenosas con aquellas que pueden ser reutilizadas; los desechos y basuras superan las propias capacidades de recogida y control de nuestros centros urbanos; las aguas residuales recorren nuestras calles, ríos y quebradas; construimos sobre suelos o terrenos inadecuados, sin importarnos el mañana; la atmósfera es ya una capa densa producto de gases residuales. La ciudad se torna insostenible ante nuestra mirada indiferente. Creemos que las soluciones son globales en ese loco empeño de confundir globalidad con integralidad, pero olvidamos que las ciudades operan como pequeñas centralitas, en ese enorme complejo territorial.

Las ciudades son organismos vivos, con una historia evolutiva y dialéctica, con vida propia y pautas de consumo identificables. Si no nos responsabilizamos, si no reconocemos sus verdaderas pautas, será difícil reducir el daño que crean más allá de sus capacidades y posibilidades. La relación con la naturaleza tiene que ser de apoyo mutuo, simbiótica y solidaria. Se hace indispensable que las ciudades asuman la responsabilidad del impacto que producen sobre el planeta y aprendan a hacerse compatibles con todos sus elementos, bióticos y abióticos.

Armamos y desarmamos la ciudad, vamos y venimos, variamos sus maneras, sus modos, sus haceres, en ese afanoso empeño de transformarlo todo con nuestros planes y proyectos, pero ignoramos que la ciudad tiene un 'alma' de la cual no nos ocupamos, ni siquiera para analizar nuestros fracasos ciudadanos. Las ciudades son organismos que no se agotan en el diseño urbanístico o arquitectónico. Tienen su propia biografía, sus momentos. Sin embargo, creamos una arquitectura que nada tiene que ver con sus gentes, con su vida y la asimilamos a los gobernantes de turno, volviéndola castrense, laica, popular, moderna o liberal; industrial o burocrática; abierta o amurallada; europea o americana. Todo es cuestión de moda o del concepto dominante de progreso o sencillamente somos complacientes. Asumimos modelos y cambios que nada tienen que ver con su naturaleza.

Muchas veces mencionamos esos rasgos, esos caracteres, como si fueran elementos pintorescos, reseñables pero no trascendentes, minorizando sus valores, tan apreciados -por el contrario- por sus gentes. Anulamos el sentido de comunidad, de colectivo, pensando que sólo los expertos pueden tomar decisiones, dejando a un lado la población, sin hacerla partícipe de su propio destino.

En el caso venezolano, las ciudades han venido creciendo aceleradamente en los últimos años, desbordando sus límites tanto en población y extensión como en complejidad, desfigurándose, convirtiéndose en un espacio que no sabemos definir ni conocer. Las ciudades se convierten en un negocio inmobiliario sin que las políticas de vivienda estén en consonancia con las necesidades reales de sus habitantes y sin tomar en cuenta las capacidades y limitaciones de la ciudad como un ecosistema. Grandes autopistas y avenidas, como grandes tajos y fuertes cicatrices que cercenan la identidad del medio ambiente urbano, que determinan nuevos usos y funciones, cambiando su fisonomía y produciendo grandes conflictos sociales. Cada quien construye donde quiere y donde puede. Las ciudades se convierten en un gran estacionamiento colectivo, a costa de los espacios que evidencian derechos colectivos, con una fuerte contaminación atmosférica, visual, acústica, de vertidos, de suelos, de agua, amén de ponerse en peligro la libertad de andar por la calle sin riesgos, la libertad de vivir sin tener los pulmones amenazados o enfermos. A falta de verdaderos parques -no de retazos verdes- las calles se convierten en escenarios para el ocio, bares, mercados, discotecas, con una carga excesiva de ruidos, suciedad y deterioro ambiental. Nuestros barrios y urbanizaciones son hoy lugares de exclusión, cada quien permanece en su silencio cuidándose del otro, alejándose, aislándose, diluyéndose.

Nuestro modelo urbano se ha caracterizado por una organización jerárquica basada en el criterio de la primacía urbana, la existencia de grandes centros o ciudades grandes, medianas y pequeñas; y, en las últimas décadas, como consecuencia de movimientos de capitales, inversiones en agroindustria y por una fuerte terciarización, por el crecimiento demográfico de algunas capitales de estado, oficialmente metropolitanizadas. Igualmente, se ha venido generando un proceso de urbanización interurbano, desde los distintos puntos del territorio de los estados hacia sus capitales, concentrando en ellas una proporción significativamente creciente de la población total, convirtiéndolas en un gran escenario de marginalidad, pobreza y deterioro ambiental, volviéndolas prácticamente ingobernables.

Pero, ahora, queremos globalizarlas, conectarlas al mercado mundial, transnacionalizarlas, esbozando las líneas y estrategias de un nuevo modelo territorial, de un nuevo entramado urbano constituido por el espacio formado por las llamadas áreas metropolitanas, diferentes a lo que veníamos considerando como ciudad. Estos nuevos espacios constituyen núcleos de concentración y polarización de población, actividad y riqueza, pero incrementan desigualdades y, por ende, pérdida de la calidad de vida de sus habitantes. Las ciudades se enfrentan a grandes problemas y fuertes tensiones, derivadas de estas transformaciones

operadas por la mundialización de la economía. Constituyen 'enclaves' dependientes de la región dominante y del exterior en una desenfrenada carrera de crecimiento cuantitativo, con un gravísimo impacto sobre el ambiente y sin sentido de permanencia y de arraigo entre sus habitantes.

¿QUÉ PODEMOS HACER? ¿CUÁL ES EL MODELO DE CIUDAD A SUSTENTAR?

Nuestras ciudades se enfrentan hoy a un doble reto: ser capaces de generar un modelo de crecimiento competitivo nacional y regional y ser capaces de garantizar, al mismo tiempo, a sus habitantes, una óptima calidad de vida y un entorno habitable, equitativo y respetuoso con el medio del cual forman parte.

Consecuencia de todo ello es un cambio profundo en la dinámica territorial urbana: antes estábamos empeñados en limitar su crecimiento; hoy, las desbordamos en una desenfrenada expansión recubierta de los matices propios de un falso progreso. Tras la necesidad de un modelo de ciudad que irrumpa contra las desigualdades sociales, se oculta un modelo difuso, desigual, disperso, desfigurado y fragmentado.

Abordar esta problemática implica tener conciencia y conocimiento de los límites ambientales, dotarnos de otros patrones de hacer y concebir la ciudad, apuntando hacia una visión integrada social y territorialmente, redistribuyendo recursos, vinculando habitabilidad y bienestar con derechos ciudadanos, individuales y colectivos, creando una conciencia de ciudad socialmente vertebrada, desarrollando la capacidad colectiva de los habitantes para afrontar los problemas de convivencia, de marginación y de exclusión social de ellos mismos.

La ciudad debe considerarse en su dimensión ecológica, por ser el escenario donde se concretan y materializan los potenciales objetivos de bienestar, razón por la cual las condiciones urbanas y la percepción de sus habitantes sobre el ambiente, son determinantes de los riesgos ambientales y constituyen la herramienta necesaria para la obtención de comunidades viables y de una óptima calidad de vida.

La ciudad tiene que ser un espacio abierto y libre, un espacio de libertad, un espacio seguro y habitable, vivible, comprensible y aprehensible por su gente, con una vida comunitaria real; un espacio cosmopolita pero que mantenga su identidad y sus propias relaciones culturales y de solidaridad.

La ciudad debe hoy recuperar sus espacios como espacios de vida asumidos por sus propios habitantes. Como bien lo señala el joven municipalista español Francisco Herrera "...es necesario plantear desde las ciudades una regeneración de nuestro medio urbano, con una línea estratégica esencial: la recuperación de la conciencia social civil como motor fundamental de la transformación de la ciudad".

No estamos logrando nada si las soluciones sólo apuntan hacia el camino de las avenidas y de los automóviles, de las edificaciones genéricas y homogéneas indistintamente de la actividad que albergan, como si ser niño o adulto determinase las mismas necesidades, como si los peatones y automovilistas tuviesen las mismas carencias.

La gravedad de la situación urbana impone la necesidad de generar soluciones y mecanismos adecuados de intervención que hagan posible una ciudad humana y que contribuyan a la generación de espacios urbanos idóneos para el desenvolvimiento del hombre. La ausencia de un enfoque integral de la problemática ambiental constituye un obstáculo para implementar un esquema de política y gestión urbana que posibilite la conservación de valores históricos, culturales, sociales, escénicos, paisajísticos y que tome en cuenta las capacidades ambientales de cada área. No podemos seguir sólo intentando soluciones en el orden económico, olvidándonos que la marginalidad adquiere otras formas: la físico-psíquica de los desamparados, de los incapacitados de los ancianos, de los minusválidos, de los peatones, de los enfermos, de los mendigos, de los niños, de los soñadores. Nos hemos olvidado de gestionar y alcanzar una verdadera calidad de vida como objetivo de nuevas formas de manifestación social, de solidaridad, de cohesión social; en suma, de nuevas formas de vida, presente y futura. El proyecto italiano de Francesco Tonucci "La ciudad de los niños", con sus maquetas sobre plazas y monumentos, zonas verdes, tráfico de carros o recogida de basuras, es un claro ejemplo de lo que es posible. La ciudad donde el ocio es placer a ser atendido con primacía, antes que la circulación de automóviles, revela una distinta y nueva filosofía de ciudad. Una ciudad donde no sólo se siente orgullo de lo que se ve sino también de lo invisible.

La ciudad debe seguir siendo centro de vida social, portadora de su economía y guardián de su patrimonio y de sus tradiciones culturales. Como bien señala la Carta de las Ciudades Europeas hacia la Sostenibilidad (Carta de Aalborg), sin comunidades locales viables la vida humana en el planeta no puede ser sostenible. Por ello, conscientes del papel que tiene que desempeñar la ciudad en los procesos de cambios de los modos de vida, de la producción, del consumo, de las pautas de distribución del espacio, debemos construir nuestras propias estrategias, hallar nuestras propias vías, crear nuestro propio proceso creativo. Es urgente y posible una nueva cultura y una nueva ética ambiental urbana. Una concepción y visión holística permitiría comprender la vinculación entre variados procesos complejos que funcionan articulados, tales como las formas de organización social, formas de apropiación, ocupación y uso del espacio, formas de representación simbólica del mundo, así como los aspectos económicos y políticos. Generar una nueva cosmovisión, una nueva ética, una nueva actitud comprendiendo el sistema natural y apoyándonos en él para conservar y garantizar la vida. Pero, ante todo, se impone una actuación y una conciencia responsable de todos.

Como acertadamente señala Tomás Villasante, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, los límites en que nos movemos vienen señalados por los síntomas de las enfermedades sociales urbanas, pero también por los horizontes que tiene en construcción cada sociedad. Por eso, muchas veces merecemos las ciudades que tenemos. La calidad de vida urbana tiene correspondencia con la participación e implicación de sus habitantes con cambios en los estilos de vida y no simplemente con sus reivindicaciones urbanas.

Close Window